

# Tigerman

NICK HARKAWAY



armænia

narrativa



NICK HARKAWAY

# *Tigerman*

Traducción de Jacinto Pariente

[www.armaeniaeditorial.com](http://www.armaeniaeditorial.com)

Título original: *Tigerman* (William Heinemann, 2014)

Primera edición: enero 2019

Primera edición ebook: agosto 2021

Copyright © Nicholas Cornwell, 2014

Copyright de la ilustración de cubierta © Mitch Blunt, 2014

Copyright de la traducción © Jacinto Pariente, 2019

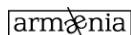
Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2019, 2021

Armaenia Editorial, S.L.

[www.armaeniaeditorial.com](http://www.armaeniaeditorial.com)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-15-9



*Para Clemency: sabía que quería ser padre.*

*No sabía cuánto hasta que lo fui.*

*«Mi padre había estrechado con él (el verbo es excesivo) una de esas amistades inglesas que empiezan por excluir la confianza y que muy pronto omiten el diálogo».*

Jorge Luis Borges

*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius.*

## 1. PELÍCANO

El sargento estaba sentado con el niño que se hacía llamar Robin en la escalinata de la vieja misión, observando a un pelícano tragarse una paloma.

El asunto había cogido por sorpresa a los implicados, y el menos

sorprendido no era precisamente el pelícano, que se había puesto manos a la obra casi distraídamente y ahora tenía aspecto de desear ponerle punto final de una vez por todas. Era un ave de naturaleza apacible, lenta en alzar el vuelo y difícil de exasperar, pero la paloma llevaba varios meses abusando de su buen carácter, interponiéndose velozmente entre él y los pedazos de pan que la gente le arrojaba al pasar, lanzándose en picado para arrebatarse trozos de pescado casi del mismo pico.

Aquella mañana, el pelícano decidió que ya era suficiente, así que cuando la paloma se puso entre él y un trozo de atún, simplemente abrió el pico al máximo y los engulló a ambos, provocando los alarmados y furiosos graznidos de su antagonista. A ojos del sargento, la gola hinchada del pelícano adquirió en aquel momento elegante expresión del que se marca una buena jugarreta, si bien en su fuero interno era consciente de que los rostros de las aves son inescrutables, por lo cual el gesto bien podía ser el vaticinio de una futura indigestión.

El niño estaba muy impresionado, es decir, que en contra de lo habitual apoyó contra la pared el cómic que estaba leyendo y concentró toda su atención en el drama que tenía lugar ante sus ojos. El sargento nunca le había visto hacer algo así. Incluso durante la breve erupción volcánica del año anterior, cuando tuvo que echárselo al hombro y salir corriendo bajo una lluvia de ceniza y fuego hacia el conveniente refugio de un sótano, el niño agarraba con todas sus fuerzas el número siete de *Planetary* con una mano mientras que con la otra sujetaba firmemente el anticuado Nokia que solía llevar en el bolsillo izquierdo del pantalón.

Esos objetos constituían la única prueba de que alguien se preocupaba por él. El móvil funcionaba y cada cierto tiempo tenía un cómic nuevo, gastado por los bordes, pero completo, y casi nunca de más de tres meses de antigüedad. A veces le fallaba el suministro y tenía que pasarse un tiempo almacenando compulsivamente dos o tres ejemplares sin leer en una mochila para no alterar el orden de los acontecimientos mientras se hacía con el número que le faltaba. Según le explicó elocuentemente al sargento en una ocasión, la continuidad era un asunto muy serio. Cada cosa debía suceder en su momento.

—De lo contrario, el argumento deja de funcionar. La estructura narrativa se altera totalmente. Se queda uno en plan WTF —dijo mirando al techo con desdén.

Así eran las cosas. El idioma del niño era un producto desigual y autodidacta, salpimentado de expresiones recogidas de películas y programas de televisión, de juegos online cuyos participantes se encontraban en Estados Unidos, Europa y China. Cuando hablaba, era capaz de pasar en un instante del tono excesivamente formal de un estudiante de primer año de Harvard al de un *farmer* adolescente de Shanghái sudando en una enorme nave industrial llena de ordenadores.

En lo referente a argumentos y personajes, era estirado y pedante como un catedrático —o hay línea de desarrollo temporal o no es más que ruido—. Durante una de sus primeras conversaciones, cuando la educación del sargento en estos temas no había aún comenzado en serio, al niño le pareció que no terminaba de comprender lo que le estaba explicando así que cambió de tema y le preguntó de pronto si tenía un cordel para su cometa. Resultó que sí lo tenía y se lo regaló de buen grado.

La cabeza de la paloma había desaparecido y en el interior de la garganta del pelícano los quejidos y protestas sonaban cada vez más débiles. El niño retomó la lectura del cómic con su habitual intensidad. El sargento se apoyó contra el muro de piedra como si el suceso no hubiera sido nada del otro mundo aunque, para ser completamente sinceros, en su vida había visto nada igual.

Hacían una extraña pareja. El hombre era robusto y de estatura media. Rondaba los cuarenta, pero parecía cansado y algo perdido. Su rostro reflejaba una vida militar en lugares inclementes y tenía cicatrices que le avergonzaban. Se suponía que las cicatrices eran finas marcas blancas que conferían un cierto aspecto mundano al que las lucía, no gusanos arrugados que reptaban entre los hombros y escocían de forma horrible. Para presumir de ellas ante las mujeres tenían que ser discretas. Estaba un poco rechoncho, lo cual, había que reconocerlo, se debía en parte a la vida fácil de los últimos meses, aunque el resto de su peso era fruto del entrenamiento. Sin embargo, se movía con delicadeza como si el mundo fuera frágil y no quisiera romper nada.

Por su parte, el niño era andrógino a la manera de los niños, no tenía un gramo de grasa en el cuerpo y lucía una cabellera negra, corta y revuelta. Todo le interesaba, era una mente inquieta, puede que incluso un genio. El sargento le calculaba entre diez y catorce años, pero era incapaz de dar una cifra exacta. Siempre iba cubierto de polvo y de manchas de hierba o

lamparones de petróleo. El trabajo que realizaba, fuera cual fuera pues en realidad hacía un poco de todo cuando no estaba leyendo cómics y pasando el rato con su amigo, le había cableado los brazos de músculos. Llevaba un blusón holgado que le quedaba grande de hombros, así que parecía un monigote vestido con la pantalla de una lámpara. A la luz del atardecer en la antigua misión parecía un monje a punto de alzar la cabeza y predicar el Evangelio de Superman, capítulo 9 versículo 21: *y en verdad el mundo te conocerá como una figura borrosa y un signo en los cielos, como la esperanza y el anuncio de los buenos tiempos.*

Cuando terminó de leer, levantó la vista, comprobó que entre el pelícano y la paloma no sucedía nada nuevo y miró al sargento. Era la hora del té en Shola's. En la isla de Mancreu quedaban muy pocas costumbres, pero por algún motivo, la hora del té era una de ellas, y de entre todos los bares y cafés, y según el sargento y el niño aquí había que incluir los salones, campings y samovares, el mejor té se servía en Shola's. Shola tenía un hervidor de agua como Dios manda, filtraba el agua y no dejaba los posos en la tetera. Quizá fuera un dandi y un tahúr, pero sabía de té.

El sargento aparcó el coche en la lonja del pescado, a unos diez minutos a pie por el paseo marítimo. También eso era parte del ritual. Caminar por el paseo le permitía saludar a todo el mundo. El saludo vespertino era importante para el mantenimiento del orden social. Al igual que el té, un sargento británico paseando tranquilamente frente al mar era una imagen cotidiana que inspiraba confianza. Era la expresión de que en el mundo aún había cordura. En teoría, por supuesto, la presencia británica en la isla había desaparecido tres años atrás, cuando la soberanía de la isla se había cedido a la OTAN y a NatProMan, la Fuerza Internacional de Protección de Mancreu. Aunque en realidad era suboficial, el sargento era técnicamente el oficial de rango superior del Mando del Reino Unido en Mancreu y también desempeñaba las funciones de jefe de la sección consular.

—Limítese a no expedir ningún maldito pasaporte sin comprobar antes la normativa. Y por el amor de Dios, no se deje convencer de firmar tratado alguno —le dijo el verdadero cónsul al despedirse.

—¿Podría hacerlo? —preguntó.

—No —respondió el cónsul. —Pero sí que podría organizar un lío de mil demonios, así que no lo haga. Aquí tiene las llaves. Disfrute de la casa y

descanse. Entiendo que para eso está usted aquí. Salude a la gente, no cabree a Kershaw, el de NatProMan, y en unos meses el asunto habrá terminado. Va a ser imposible mantener el lugar mucho más tiempo. Lo pasará bien.

—Sí señor.

Saludar era, por lo tanto, parte principal de sus labores oficiales. Debía mantener abierto el consulado y asegurarse de prestar ayuda a los súbditos británicos que la necesitaran, aunque en realidad ello se limitaba a llamar por teléfono a la Embajada Británica en Yemen y además nunca se había dado el caso. En muchos sentidos, su verdadera misión consistía simplemente en vivir en Brighton House, una enorme y embrujada mansión construida sobre una colina con vistas a Beauville, única ciudad propiamente dicha de la isla, sede del poder colonial en tiempos pretéritos. De espaldas a la montaña y la jungla y con el rostro picado mirando al mar, Brighton House era casi idéntica a las demás legaciones británicas del Imperio, si bien quizá la inminente destrucción de la isla la hacía tristemente única.

Así habían transcurrido los días, semana tras semana durante más de dos años: paseos, té y saludos. Como heredero de los restos del dominio británico, tenía autoridad para casar a quienes por algún improbable motivo optasen por que su boda la oficiara él en lugar de un sacerdote local, y también podía facilitar adopciones y divorcios de personas en posesión de un pasaporte de la Unión Europea. Aparte de eso, entraba en sus funciones, si así lo deseaba, investigar crímenes locales a instancias de alguna persona relevante. Dado que no estaba nada claro quién era una persona relevante, el sargento interpretaba el concepto según su propio criterio. Asimismo, tenía derecho a asistir a las reuniones del Consejo Estratégico de NatProMan en calidad de representante del Reino Unido, que por su parte había optado por renunciar a tal representación, así que se le había ordenado no hacerlo.

En el mapa, la isla de Mancreu era un doble arco, como una gaviota dibujada por un niño. La parte central, el cuerpo, medía unos cincuenta kilómetros de largo y las alas alrededor de ciento sesenta. Unas montañas surgían de las plácidas aguas del mar Arábigo en la parte cóncava del arco. Mancreu se encontraba en el borde del gran arrecife a medio camino entre la isla de Socotra y el archipiélago de Chagos. La población era un despreocupado batiburrillo étnico de árabes, asiáticos y africanos, al que había que añadir la inevitable porción de europeos. Franceses y británicos se



habían alternado en el dominio de la isla durante siglos, con preponderancia más bien francesa hasta que a fines de la era victoriana la isla volvió a caer casi por accidente bajo la jurisdicción de la *Union Flag* por lo que, desde entonces, aunque se trataba de un lugar remoto y mencionado solo en las notas a pie de página, pertenecía al Reino Unido.

Al norte el mar era cálido y verde claro. Al sur era azul y el fondo se deslizaba hacia una oscuridad helada donde según la población nativa se encontraba el infierno. Era sabido que la costa sur estaba habitada por demonios: hombres con aletas de pez y mujeres salvajes, súbditos de Jack el Destructor, rey de las criaturas fantásticas de Mancreu. Bad Jack era impredecible. Si se agriaba la leche era porque Bad Jack había violado a la vaca. Si alguien se dejaba un frasco de miel en la puerta de su casa, Bad Jack se la llevaba a cambio de dinero, ron o incluso una escopeta. Salvaba a los viajeros perdidos, pero también les robaba y si se hundía un barco durante una tormenta, nadie dudaba de que Bad Jack lo había guiado hacia las rocas con su linterna desde el borde del acantilado por pura maldad. En otras palabras, era la versión tropical del *bogeyman* británico y como él, objeto de burla hasta la caída de la noche, momento en que la gente se volvía más circunspecta. Se le llamaba Bad Jack, *Mauveais Jacques*, Jack Ojo del Huracán y, curiosamente, Jack el de las Nueve Colas, en amargo recuerdo del sentido de la justicia de cierto gobernador de la época colonial.

El nombre de la isla, Mancreu, se debía a navegantes agradecidos de arribar a las playas arenosas del lado de sotavento. Los primeros marinos creyeron que la isla era una imagen del Grial tallada sobre la faz de la Tierra. Existían trozos de lona bordada, toscos algunas veces, pero otras asombrosamente intrincados y etéreos, que representaban a Mancreu con la forma de las palmas de las manos de la Virgen recogiendo la sangre de Cristo. En Beauville era del dominio público. En el resto del mundo no tanto, pero de vez en cuando aún aparecía una embarcación tripulada por marinos principiantes salidos de pueblos misioneros resacos y hambrientos del Norte de África con una bendición en francés en la proa:

*Salve, María de las Alas de Gaviota. Salve, María. Que tu marca descienda sobre nosotros pecadores y tu voz sobre la mar profunda. Que la mar azul siga en calma. Dispersa las nubes, detén las tormentas. Libranos del mal, la enfermedad y la aflicción. Salve, María. Óyenos, María. Guíanos a nuestra morada.*

Enfrente del puerto aún sobrevivía la oficina del escribiente, ocupada ahora por un pintor de letreros sagrados con permiso papal, cuyo título colgaba de una pared. Se llamaba Raoul y era albino. Le aquejaban extrañas enfermedades, provocadas por su condición o quizá por el uso excesivo de tintas mágicas, pero se decía que era una persona magnética, como un vate o un profeta. También se decía que antes de oír la llamada y consagrar su vida a pintar la palabra de Dios en los barcos había sido mercenario, líder de hombres o quizá incluso pirata. El sargento nunca se había aventurado en su guarida. La experiencia le enseñaba a no inmiscuirse en asuntos religiosos locales. El mundo era distinto para los creyentes y para los no creyentes, y no había que darle más vueltas.

La hija del escribiente era famosa por su belleza y porque estaba prohibido tocarla. Nadie sabía de lo que podía ser capaz White Raoul si le rompían el corazón, o peor aún, si le hacían algún daño. Sin duda, quitaría el cartel de su negocio y lo cerraría, pero ¿qué más? ¿Usaría el mismo poder con el que escribía bendiciones para escribir maldiciones? ¿Convocaría a aquellos ejércitos que habían servido a sus órdenes para que vengaran las lágrimas de su hija? ¿Acaso la autorización papal, concedida en nombre de la misericordia, daba igual prominencia ante Dios a la ira de un padre? Dado que nadie sabía el alcance de la furia de Raoul, la vida sin besos ni pretendientes de la hermosa Sandrine era muy solitaria. El sargento no la había visto nunca. A veces se preguntaba si sería un mito, una especie de broma que le gastaban por ser extranjero y por ostentar un cargo. Seguramente había pasado junto a ella docenas de veces sin saber quién era y su belleza estaba más en su fama que en su rostro.

—Té —dijo tajante el niño.

Caminaron juntos en silencio hasta el viejo y abollado Land Rover con olor a carburante que hacía las veces de vehículo militar oficial del sargento. Abrió su puerta y le lanzó las llaves al niño por encima del techo. Si en su día el coche había tenido cierre centralizado, ya no funcionaba. Este las cazó al vuelo, subió al coche, se acomodó en el asiento del pasajero y se las devolvió sin mirar. El sargento sintió cómo el manojito aterrizaba en la palma de su mano e introdujo la llave correcta en el contacto mientras pisaba el pedal de freno. Cuando el vehículo se puso en marcha con los habituales carraspeos desgastados del motor y los temblores de la cabina, ambos



exhalaban al mismo tiempo un suspiro de desaprobación.

El niño era una de las pocas amistades que había hecho en Mancreu. Cuando llegó no esperaba conocer a nadie, pero el cargo había durado mucho más de lo que calculaba al principio y no hay nada más antinatural que un soldado de infantería solitario. La infantería era el ejército por antonomasia, una imparable inundación de soldados traída por la marea. Era tu familia, tus amigos, una forma de vida en la que uno casi nunca estaba solo. La regla se aplicaba un poco menos a los suboficiales, responsables de asegurar el éxito de la misión, conducir a los hombres en la dirección correcta a base de dureza y mano izquierda y devolverlos a casa de una pieza en la medida de lo posible. Hasta cierto punto, el rango te convertía en un extraño, pero también te asignaba nuevos papeles: tío, enfermera, veterano, hermano mayor, cura, mejor amigo y director de escuela. Eso era un sargento. Nunca faltaba alguien con quien hablar.

En Mancreu le faltaba un pelotón del que ocuparse. Brighton House era enorme y vacía. En el ala este había dos tenebrosos salones de baile con los muebles cubiertos por sábanas. Al tercer día desenvolvió una butaca de cuero y durante las primeras semanas descubrió que le gustaba el silencio. De hecho, era capaz de pasarse siglos sentado en ella. Le costó trabajo habituarse a escuchar sonidos sin seguirles el rastro, sin ubicarlos y averiguar si eran amigos o enemigos, pero poco a poco abandonó la costumbre y se quedó con el murmullo de las hojas y las olas, el cencerro de una vaca en la lejanía y el rumor de una barca de pesca en el agua rizada al fondo del acantilado. Recorría los interminables pasillos del piso superior de la mansión preguntándose qué habrían presenciado aquellas habitaciones. Había un pájaro local que emitía una especie de irritante estornudo y cuando lo oía se divertía diciéndole «Jesús». A veces se daba las gracias a sí mismo en nombre del ave. Al cabo del tiempo aprendió a prescindir casi por completo del reloj, el pasado y la conciencia, y a fundirse con el paisaje y vivir exclusivamente en los sentidos. Era una sensación maravillosa.

En cambio, otros días, no tener con quien hablar lo volvía loco. El eco de sus pasos le rebotaba en el interior de la cabeza como si él mismo fuera Brighton House, desierto y seco y sombrío, esperando una renovación que nunca llegaría. De vez en cuando, se tomaba una copa con su homólogo francés. Dirac era el representante de la falta de voluntad gala de hacer algo

por Mancreu. Era buena compañía, aunque a menudo estaba ocupado porque tenía varias amantes en Beauville y andaba siempre a la caza de alguna más. El sargento se figuraba que aquel comportamiento era tan inherente a la actitud poscolonial francesa como para él hacer la ronda y tomar el té. En cualquier caso, los días de tedio necesitaba compañía, así que siendo las cosas como eran y siendo él quien era, recaló inevitablemente en el Club de Boxeo de Mancreu. El cuadrilátero era un buen lugar para que se conocieran los extraños y no cabía la vergüenza. No hacía falta ser cortés, divertido o diplomático. Ni siquiera ser buen boxeador, aunque él lo era. Para ser aceptado solo se necesitaba tener un poco de agallas, pues de lo contrario el club no podía ser un buen club. Cada cual tenía su personalidad, por supuesto, pero el boxeo era lo primero, las personalidades eran para después del ring. Normalmente, esa clase de tensiones se solucionaban por sí solas y más aún si uno no tenía gran cosa que demostrar.

Dado su cargo oficial y su avanzada edad a ojos de los campeones locales, fue inevitable que nada más llegar al fresco semisótano donde se hallaba la sede del Club de Boxeo de Beauville se le concediera automáticamente el título de árbitro. Él quería hacer de sparring aquí y allá e incluso organizar un par de peleas amistosas para mantenerse en forma, pero prácticamente nadie quería subirse con él al ring. Los boxeadores jóvenes no ganaban nada con ello; si resultaba un púgil mediocre, igual acababan enviando a la lona al cónsul provisional, un vejestorio con la guardia baja y las costillas flojas. El asunto no acarrearía mayores consecuencias, naturalmente, pero ellos no lo sabían y en cualquier caso era una victoria anodina. Por otro lado, tampoco era imposible, no lo era en absoluto dada su forma física y la fuerza que tenía en las piernas, que los tumbara un tipo que en los estándares callejeros de Mancreu pertenecía ya a la tercera edad. Ninguna de las dos posibilidades resultaba atractiva a los musculosos pescadores y granjeros que frecuentaban el lugar.

Así que solo quedaban Shola, el dueño del café, y Pechorin, uno de los hombres de NatProMan.

Shola era alto y fibroso, y un fantasmón irritante. Decía que había amado a todas las mujeres entre Bangkok y Teherán y que todas lo echaban de menos terriblemente... Se vestía como un pirata o como un traficante de drogas de película americana antigua. Se acicalaba mucho el pelo, pero lanzaba unos

directos rapidísimos cuando menos se esperaban. En el ring era un espléndido oponente, con sentido del humor y siempre dispuesto a dar un paso atrás cuando el combate dejaba de ser divertido. Tenía un torso envidiablemente hermoso, torneado y con los músculos marcados, y boxeaba sin camiseta como la mayoría de los miembros del club. Hablaba francés con un vago acento norteafricano, aunque había nacido en Mancreu en el seno de una familia que había llegado a la isla a principios del siglo xx y no se había movido de allí desde entonces.

Sus maneras invitaban a las confidencias y la amistad. «¿Cuándo te irás?», le preguntó el sargento un día mientras se relajaban en la bañera de hidromasajes del club después de treinta minutos de *jabs* y esquivas. Según la lógica inversa de Mancreu, esa era la primera pregunta que se hacían los amigos que se acababan de conocer, y al igual que el «¿de qué equipo eres?» de un colegial, disimulaba la misma cauta oferta de alianza.

Shola giró la cabeza alrededor de sus interminables hombros y suspiró.

—Ni idea. Ya sabes, cuando llegue el momento. Cuando llegue el momento justo. Ya no tengo *dónde* ir. No hay otra isla como esta en los anchos y azules mares del planeta. En el Caribe solo hay hoteles. Las Maldivas están cada día peor y la mitad de la población quiere obligar a las mujeres a llevar velo. Han prohibido la música para que la gente no baile. A lo mejor me voy a El Hierro. En el Atlántico. Muy lejos. Creo que cuando llegue el momento le echaré un ojo a El Hierro. Podría pasar que esa isla y yo nos enamoráramos un poquito. Siempre hay sitio para el bar apropiado en la isla apropiada. Tienen un carnaval. ¡Y lagartos, tío! ¡Unos lagartos así de grandes! —señaló el tamaño con las manos y sonrió.

—Pero ¿cuándo?

Shola se encogió de hombros. —Hoy no. Aquí hoy todavía queda gente. Y mañana tampoco. Tengo mesas reservadas para el almuerzo. Si me pongo, a lo mejor la semana que viene—. Era evidente que no se iba a poner.

—Que no se te eche el tiempo encima. —Un británico en el extranjero es siempre la voz de la prudencia. Normalmente, las personas de otras culturas son indisciplinadas, sacan el cuerpo por las ventanillas de los coches en marcha y cocinan con mucho ajo. El sargento había procurado despojarse de esa percepción, pero a veces reaparecía y le avergonzaba. Se estremeció.

—Lester, eres una vieja, ¿lo sabías? Eso sí, boxeas como un rinoceronte.

¿Os lo enseñan en la escuela de sargentos? Creo que me roto la mano contra tu cabezota —soltó una risotada que significaba *claro que sí, claro que seré tu amigo*.

El otro tipo, Pechorin, un ucraniano achaparrado y taciturno, era completamente distinto. Parecía que cualquier lugar le ofendía nada más llegar. Más que boxear, lo suyo era pegar. Tras unos cuantos intercambios de golpes tentativos, perdía los nervios y sacaba su combinación clásica: doble *jab*, cruzado, gancho, gancho, gancho, hasta que los ganchos se convertían en directos. No comprendía por qué sus adversarios esquivaban siempre su último golpe y le rompían la guardia. El sargento casi nunca boxeaba con él, pero si no le quedaba más remedio, adoptaba una postura de espejo, se zafaba de sus golpes y no le provocaba hasta que el árbitro lo declaraba vencedor por puntos. Preguntarle por su fecha de partida no tenía sentido, ya que estaba destinado en Mancreu. Se iría cuando se lo ordenaran, así que le daba igual tanto lo uno como lo otro. Además, a Pechorin no le gustaba meterse en la bañera de hidromasajes con hombres.

El sargento vio al niño por primera vez en el café de Shola. Era la segunda semana después de su toma de posesión del cargo de cónsul provisional y la segunda visita al local después de conocer a su dueño en el ring. Aquel día, su llegada se debió a una especie de accidente intencionado. Llevaba un rato merodeando por las callejuelas aledañas, no sabía bien si de paseo o en misión de reconocimiento, y dudando si entrar o no. Estaba a unos pasos de la puerta, cuando de repente Mancreu sufrió una de sus bruscas alteraciones estacionales y empezó a llover: las gotas eran del tamaño de pelotas de golf, escasas al principio, pero cada vez más pesadas y copiosas. El sargento miró al cielo, vio que no iba a escampar y se apresuró al interior.

Una explosión de carcajadas lo recibió y acompañó hasta su mesa, un forastero empapado es siempre algo cómico. Shola no estaba ese día, así que Pero, el camarero, que lo tenía por amigo del dueño, pidió en voz alta que enchufaran el mejor hervidor. El resultado fue una tetera de aromático té Caravana Rusa, amargo y asombrosamente rico. De hecho, le pareció el mejor que había probado, aunque se preguntó si la sensación no tendría más que ver con sus recuerdos y sus últimos años de vida que con el té en cuestión.

Se arrellanó en el asiento, suspiró profundamente y sintió cómo una parte

de él se relajaba como cuando la goma de un avión de juguete, retorcida una y otra vez y doblada sobre sí misma, se libera y transmite la energía de esa segunda capa de nudos a la hélice con una sacudida. Se estiró contra el respaldo de la silla y al bajar la vista reparó vagamente en que en la mesa de la esquina un niño tomaba el té y leía un cómic. A su lado descansaba un teléfono móvil de plástico gris grande y tosco. Era tan antiguo que hasta tenía antena.

El sargento vació la primera tetera rápidamente y pidió otra y una rebanada de pan con mantequilla. Resultó que también era excelente. La mantequilla era una espuma con aroma a vainilla que se extendía sobre el pan y juntos se elevaban al nivel de calidad del té.

Cuando terminó la rebanada, la lluvia había empeorado y azotaba el techo de uralita; un típico chaparrón tropical, una lluvia a mares con la fuerza de un puñetazo. Sonaba muy fuerte, pero no era desagradable porque Shola había acolchado el interior del local con bolsas de lana de oveja. El sonido no se acallaba por completo, más bien se amortiguaba, pero gracias a la lana, estar sentado en el café durante una tormenta era como escuchar a un pelotón de caballería en una carretera en lugar de encontrarse dentro de un tambor de metal gigante. Los clientes entraban maldiciendo entre risas, con rostros chorreantes y zapatos empapados.

El sargento esbozaba una sonrisa a modo de saludo cuando hacía contacto visual con alguien, bebía su té y escuchaba. Como el niño, él también tenía un teléfono móvil, un cacharro sencillo con botones grandes y una enorme batería que duraba un siglo. Estaba al lado de la taza. En determinado momento, no sabía muy bien cuándo porque había sido un acto automático, insertó la batería y conectó el aparato. Nunca se desplazaba con un teléfono conectado excepto en caso de emergencia. Era una precaución residual completamente inservible en Mancreu, donde para encontrarlo solo había que pasarse por su casa, pero revelar su posición iba en contra de su misma naturaleza. Únicamente conectaba el teléfono en los sitios a los que iba con frecuencia, el resto del tiempo lo tenía desconectado, de manera que cualquier enemigo que lo buscara cuando estaba en movimiento tuviera que reconocerlo físicamente y arriesgarse a su vez a ser reconocido.

Bebió un sorbo de té y recorrió con la mano izquierda los contornos de una profunda muesca en el tablero de la mesa. La habían hecho con el punto de mira de una pistola. Una idiotez, una forma desaconsejable de usar

un arma y una pésima costumbre en un soldado, aunque, por supuesto, en aquella mesa se habrían sentado muchas personas armadas que probablemente no lo eran y muchos de ellos, hubieran estado en el ejército o no, habrían sido indudablemente idiotas. Evidentemente, Mancreu también disponía de su buena ración de imbéciles.

La lluvia cesó, y unos minutos más tarde el sargento terminaba su taza de té y su momento de introspección al mismo tiempo que el niño llegaba a la aparente conclusión de que ya había leído y releído su cómic tanto como deseaba. El sargento cogió su móvil para quitarle la batería y percibió que de pronto la atmósfera del local cambiaba drásticamente y la atención de la clientela recaía en él con la intensidad de un foco en medio de la noche.

Mantuvo las manos sobre la mesa y relajó los hombros. No quería que nadie cometiera el más mínimo error acerca de lo relajado y calmado que estaba, y de las poquísimas intenciones que tenía de sacar su arma. Se preguntaba quién habría entrado, y cómo lo había hecho sin hacer ruido, sin que le iluminara la luz de la puerta. Quizá hubiera venido desde las habitaciones privadas que había detrás de la barra.

Alzó la vista y vio que el niño lo observaba, los ojos en la sombra, el cuerpo casi completamente oculto en la oscuridad del rincón. El sargento la llamaba mentalmente la mesa del guardaespaldas y no se sentaba en ella porque no quería que la gente creyera que era de esos que siempre tienen los ojos en la puerta. Bastaba con que se supiera que era militar. No quería que la gente de Beauville pensara que se pasaba el día midiendo a los demás, asegurándose de que era capaz de acabar con ellos si era necesario. Naturalmente, en el fondo de su mente una parte de él estudiaba a los recién llegados y a los habituales, los medía y los clasificaba, de manera que, si pasaba algo, fuera lo que fuera, sabría inmediatamente si huir o luchar, de cuántos enemigos podía deshacerse, cuál era el coste de hacerlo y cómo de feas podían llegar a ponerse las cosas.

Muy feas, la respuesta era siempre la misma. Invariablemente, muy feas.

Mantuvo los ojos clavados en el niño, no con agresividad, sino con interés, y el niño le devolvió la misma mirada que lo reexaminaba, lo catalogaba, lo consideraba. ¿Por qué? ¿De dónde salía aquel manifiesto y súbito interés? El niño era solo un cliente más, otra pieza del paisaje. El sargento tenía la vaga sensación de haberlo visto antes: bajando de una barquichuela en la orilla, haciendo recados, llevando mensajes, leyendo sentado aquí y allá. ¿Por qué

permitía que lo observara, por qué se exponía a aquel intrusivo y molesto escrutinio? El sargento lo catalogó como astuto, inquieto y posiblemente traumatizado. ¿Cuál era el siguiente paso?

El cuerpo inmóvil del niño reflejaba su propia e ilustrativa calma. El sargento lo observó atentamente desde los hombros hasta las manos sin alterar la posición de los ojos y soltó un resoplido de aprobación. Se relajó y vio que el niño lo imitaba. A pesar de sus diferencias físicas, en aquel momento eran idénticos: las espaldas derechas, las cabezas ligeramente inclinadas hacia delante mientras se preparaban para ponerse en pie. Además, ambos tenían en la mano la batería de un móvil y se disponían a guardársela en un bolsillo. Una paranoia gemela. Los sabios no planifican su vuelta a casa.

El niño lo saludó con la cabeza. El sargento le devolvió el saludo.

—Eres listo —dijo el niño.

—Tú también.

El niño asintió.

—¿Te gustan los cómics? —preguntó el sargento al tiempo que oía el eco de sus palabras y sacudía la cabeza interiormente ante la pregunta más estúpida jamás formulada por el hombre.

—Sí —el niño se sentía magnánimo y tuvo a bien apreciar el gambito.

—¿Cuáles?

—Todos. DC, por Batman. ¡Grant Morrison! Pero especialmente Marvel. Warren Ellis. Spurrier y Gail Simone. Bendis es el puto amo.

El sargento sonrió. *Puto amo*. Nunca había oído semejante expresión, pero le gustaba. Tenía un toque atrevido, moderno y digital. Debería haber más cosas que fueran *putos amos*.

—A mí me gusta Linterna Verde —dijo.

—¿Cuál de ellos? —inquirió el niño.

Mierda. Ahora recordaba que había muchos Linternas Verdes, siempre estaban cambiando y elegir el que no era equivalía a elegir el equipo de fútbol equivocado o la iglesia equivocada...

—Hal Jordan —dijo dragando el nombre del fondo de la memoria.

—*Old School* total —aprobó el niño. —Jordan es un *bad ass* —pronunciaba la expresión inglesa *badass* como si fueran dos palabras: *bad ass*. El sargento supuso que la habría aprendido leyendo. Se preguntó qué cómics utilizaban ese tipo de lenguaje y llegó a la conclusión de que hoy en día seguramente



todos.

—¿Te gusta el Capitán América? —preguntó el niño.

El sargento vaciló.

—No mucho —admitió. En su opinión, los colores vivos y los campos de batalla no combinaban. Steve Rogers era un personaje invencible, un superhéroe que se vestía como le daba la gana y siempre sobrevivía. Los que palmaban eran los que le seguían. No, el Capitán América no le gustaba nada. Quizá cuando era niño.

El niño asintió como si esperara esa respuesta.

—¿Batman?

—Sí.

—Batman es el mejor. Bob Kane era Dios. Y Bill Finger también.

El sargento solo tenía una ligerísima noción de quiénes eran.

El chico pareció darse cuenta de que la conversación se estaba poniendo demasiado técnica porque le tendió el cómic que había estado leyendo.

—Toma. Christian Walker es un *puto amo*.

El sargento cogió el cómic y vaciló un instante.

—¿Cómo te lo devuelvo?

—Ando siempre por aquí —respondió. —Además, no soy coleccionista, así que *no problem* —dejó de hablar y sonrió. —Es broma. Claro que los colecciono. Pero para leerlos, no en plan friki de esos que no salen de su habitación.

—Te lo devolveré —prometió el sargento.

—*Kswah swah* —respondió el niño con un encogimiento de hombros. *Lo que pasa, pasa*. Muy Mancreu. Los árabes del continente decían *Insha'Allah*: si Dios quiere. Si Dios quiere, llegas puntual a tus citas, pero normalmente solo quiere que te presentes más o menos el mismo día. El tiempo y la materia son flexibles, solo Dios es real. En Mancreu hasta Dios estaba un poco difuminado. El universo era lo que era, mutable y ajeno, y Dios lo había creado a Su imagen y semejanza, de modo que posiblemente también Él era imprevisible. La naturaleza de Su voluntad variaba de un alma a otra, y a menudo lo que sucedía en realidad no era lo que la gente interpretaba. Quizás los seres humanos no fueran capaces de comprender los designios de Su voluntad porque estaba en todas partes y lo veía todo desde fuera del tiempo,

Por lo tanto, *Insha'Allah* era mucho suponer. En Mancreu se decía

sencillamente *lo que pasa, pasa*. Era prácticamente el himno nacional.

Cuando el sargento le preguntó cómo se llamaba, el niño desvió la mirada y dijo «Robin». El sargento aceptó educadamente la mentira, pero no se la creyó y a medida que su amistad crecía siempre evitó dirigirse a él con frases en las que tuviera que usar un nombre propio. En la mente del sargento el niño era una identidad única, una presencia que no necesitaba de etiquetas.

Aquel día, con la imagen del pelícano y la paloma aún provocando algún meneo incrédulo de cabeza, aparcaron el Land Rover enfrente del café y se cedieron el paso ante la puerta con alegres reverencias. Era frecuente verlos pasar veinte minutos insistiendo en que el otro pasara primero con diplomáticos discursos de deferencia cada vez más extravagantes. Sin embargo, aquel día se limitaron a un leve tira y afloja y el niño le lanzó unos cuantos jabs inexpertos al estómago mientras gritaba «¡Levanta los puños!» hasta que el sargento se vio obligado a aceptar el honor de entrar delante de su amigo. Se detuvo a dos pasos de la puerta para que las pupilas se le acostumbraran a la luz.

El café era una habitación rectangular, pero parecía tener forma de L porque en una esquina había una enorme escalera de madera que Shola había rescatado de un hotel en ruinas. Una gastada y muy pulida lámina de cobre cubría la barra y el mobiliario era un *totum revolutum* de mesas cuadradas y redondas. Los clientes movían las desvencijadas sillas por el local a su antojo, así que cuando estaba a tope alguien tenía que sentarse en la peligrosa banqueta amarilla de mecanógrafo que Shola guardaba plegada bajo la barra. Junto a las paredes había bancos hechos de madera arrastrada por el mar, pulidos y abrigados por años y años de roce de traseros.

En el hueco de la escalera, dominando el local y la puerta se encontraba la *shtammteh*, la mesa de uso exclusivo de Shola. Nunca estaba reservada. Nadie se sentaba en ella sin invitación. Incluso el sargento y el niño dudaron y buscaron mesa con la vista ostensiblemente hasta que Shola se acercó, los amonestó y se los llevó a la *shtammteh* a tomar el té con él.

Debía haber llegado el nuevo cargamento porque les sirvió un delicioso *gunpowder* verde que no habían probado nunca y les exigió su opinión. El sargento retuvo el trago en la boca un buen rato. La temperatura era perfecta: le calentaba las encías y la garganta sin quemarlas y le refrescaba el cuerpo. El té tenía aromas de pimienta y humo y un olor a nieve. Aquello

era algo más que un simple té. Era una especie de elixir. Era lo que el té soñaba con ser.

—Está bueno —dijo. Shola esbozó una sonrisa.

—Quiere decir que es totalmente alucinante —lo corrigió el niño poniendo los ojos en blanco—. Este té está hecho al cientodiezporciento con las enseñanzas más secretas de los maestros del *kara-té*. Es la madre de todos los tés. Este té es el té de Obi-Wan Kenobi en Tatooine. Todas las mañanas. Lo primero una taza de este té y después entrenamiento con el sable láser. La Fuerza es poderosa en mí —imitó el sonido de un sable láser— Vvvvvuommmmmmm Vvvvuommmmm sssHHHHHH FWSH.

Shola le rellenó la taza servicialmente. —¿Encargo más?

Semejante encargo era una declaración de compromiso para quedarse un mes más en la isla.

—Yo vendré a beberlo —dijo el niño asintiendo con gravedad.

Marcharse, con M mayúscula, significaba lo contrario de simplemente irse de un lugar, y se había convertido en un ritual. No llegaba a ser una tradición y nunca lo sería, porque no hacía tanto tiempo que se celebraba. Era una especie de locura compartida, como hacerse cortes para comprobar si duele. Cuando alguien se Marchaba —aunque en realidad todo el mundo acabaría por Marcharse de Mancreu porque naturalmente nadie estaba obligado a quedarse y morir cuando llegara el fin, si bien Marcharse antes que los demás era una forma de fracaso, de deserción— organizaba una fiesta. No podía faltar una pira donde quemar lo que no podía transportarse o regalarse. No solo las cosas que nadie quería, sino también aquello de lo que uno no era capaz de desprenderse, lo que uno prefería destruir antes de que se consumiera en el indescriptible y purificador fuego que pronto calcinaría Mancreu hasta más allá de sus cimientos, hasta debajo del mar, hasta el granito sobre el que se asentaba y más allá, hasta el manto de la Tierra, para limpiarla de una generación de abusos estúpidos por parte del hombre.

Al principio, los que Marchaban invertían un dinero en pósteres para disimular su fracaso en una atmósfera festiva a medio camino entre el velatorio y el bautizo. *¡Aquí termina una etapa, este mundo se acaba, pero comienza uno nuevo!* Sin embargo, la impostura de presentar el hecho de tener que Marcharse obligatoriamente como si se tratara de la oportunidad de una vida nueva era evidente como un hueso roto. Por eso ahora se

limitaban a escribir con tiza una M mayúscula y avergonzada y un lugar y una hora, siempre fuera de la ciudad y siempre de noche, en los negros postes que conectaban la temblorosa red telefónica de Mancreu con la centralita. Los primeros en llegar a la fiesta eran los que Marchaban, seguidos de los que pensaban hacerlo en breve y finalmente aparecían los invitados, los que habían sobrevivido a la última cosecha de desertores. La gente lloraba, los matrimonios entraban en crisis y se decían verdades que nunca deberían haberse dicho. Recuerdos familiares, muebles de maderas nobles, joyas, incluso animales de compañía y ganado... Todo ardía. No era un final limpio. Era un *sati* por delegación, y solo porque aún no había habido nadie tan desesperado, furioso o con el corazón tan destrozado como para lanzarse al fuego. No obstante, el sargento le decía a Jed Kershaw que era cuestión de tiempo.

Al principio asistió a todas las fiestas que pudo. Era una especie de espectro inverso, el tipo que procedía de una isla fría y lluviosa que no iba a ser destruida. Se quedaba en la parte exterior del círculo de gente que rodeaba la hoguera y veía cómo primeras ediciones y cacerolas se unían a álbumes de fotos y cunas en la pira, e intentaba detener las discusiones antes de que se convirtieran en *vendettas* familiares o asesinatos. Tras un tiempo, el tono de las fiestas derivó hacia lo bacanalesco y después la fatiga las convirtió en una especie de adiós mudo que resultaba incluso terapéutico. Últimamente la cosa había virado hacia impresionantes competiciones de transgresión. ¿Quién era capaz de destruir el objeto de mayor valor? ¿Quién se atrevía a mostrar su autodesprecio de manera más gráfica traicionando el único hogar que había conocido?

Su presencia funcionaba como una especie de amortiguador, el uniforme recordaba a los presentes la más británica de las virtudes: la flema. O quizá parecía un inspector de sanidad y nadie se atrevía a desmelenarse en serio con él por allí. Inclina la cabeza ante abuelas que quemaban sus colchones de plumas y pescadores que entregaban sus chalupas a las llamas; ante mariscadores que inmolaban sus nasas y carteros que arrojaban sus bicicletas al fuego. Estrechaba las manos de los que Marchaban y gracias a ello muchas veces la gente dejaba de ignorarles e incluso volvía a dirigirles la palabra. Era un enterrador, un símbolo.

Una vez, una capellana castrense le dijo que tras pasarse la vida buscando la forma ideal de dar el pésame había llegado a la conclusión de que lo mejor

eran los clichés. Las viudas y los huérfanos no querían consuelo. Querían reconocimiento.

—Diles «ha sido una muerte rápida. No ha sufrido». Diles «mi más sentido pésame» —le recomendó. —Si estás en un hospital y de pronto cunde uno de esos silencios que hay que romper como sea, diles «tengo entendido que al final el tránsito fue indoloro» y después te largas y que se apañen. Si lo que quieres es que te den un puñetazo en la cara, suéltales eso de que «está en un lugar mejor».

Así que las hogueras se celebraban con cierto orden, lo cual era casi peor, y el sargento acabó convertido en una especie de figura necesaria: no se podía organizar una sin él. El Último Cónsul debía estar presente para darle un sello oficial al asunto, aunque nadie tenía claro si dicho sello era de absolución o de excomunión.

Quedarse en la isla no estaba dignificado con una letra mayúscula. Nadie se iba a quedar. Quedarse significaba morir con la isla y después ya no habría nada por lo que morir.

En la conversación sobre la compra y consumo del té, Shola y el niño convinieron en que su Marcha se retrasaría un mes más. En general, ninguno de los dos mostraba ninguna inclinación por Marchar. Shola reconocía que algún día tendría que irse, aunque ese día se alejaba eternamente en el horizonte, pero el niño no. Vivía en un ahora perpetuo y su vigorosa oposición a la inminente destrucción de la isla venía aparejada a un irreductible estado de negación ante lo inevitable del suceso. El sargento sospechaba que muy pronto habría que hacer frente a esa actitud. Se imaginaba al niño encadenado a los pilotes del malecón de Beauville y a los soldados de NatProMan cortando las cadenas con una radial. Lo mejor era idear una estrategia de salida menos traumática.

El pensamiento de Shola parecía discurrir en la misma línea. Miró al sargento y su cansancio fue palpable durante un momento. Esta vez, comprendió el sargento, no tenía más remedio que pensar en serio acerca de su Marcha. Era imposible que estuviera ganando dinero. Ni siquiera que estuviera cubriendo gastos. Cuanta más gente Marchaba, más granjas y barcos de pesca dejaban de producir alimentos y más se encarecía la vida y menos clientes venían a su local. La Marcha de Shola marcaría un antes y un después. Beauville pasaría de ser un lugar que aún podía salvarse a un lugar moribundo, no solo por su Marcha, sino porque una docena de otros

Sholas, de otros hombres y mujeres de buen corazón que habían dado lo mejor de sí mismos para hacer de la isla un lugar habitable, también se irían. Porque el momento habría llegado inexorablemente.

—¿Cómo se llama? —preguntó el sargento señalando a la tetera.

—La etiqueta dice «Heaven's Limitless Canon» —respondió Shola. —Creo que no quiere decir «cánon», sino «cañón», ya sabes, como el de una pistola, pero cualquiera sabe. ¿Te parece digno de ser bebido?

—Sin duda.

Tomaron otra ronda y la conversación discurrió hacia el tema más grato de los méritos de las diferentes galletas para acompañar a aquel té de tés. Recurrieron a Beneseffe, el comandante del puerto, para que dirimiera el contencioso entre la galleta de jengibre y la sencilla Digestive, asunto que requería del más serio escrutinio. Beneseffe, normalmente tradicionalista en tales materias, se decantó para sorpresa general por la Hobnob de chocolate.

Al sargento le resultaba estimulante ver a otras personas conversar de aquel modo con el niño, era como observar su propia amistad en un espejo hogareño y cálido. Además, también le enorgullecía escuchar a su joven amigo participando apasionadamente en el feroz debate de las galletas, inventando argumentos cada vez más extravagantes para apoyar su punto de vista. Consideró si sería conveniente que él también hablara de ese modo con el niño. Quizá se preguntara por qué no lo hacía. Sin embargo, el niño y él eran capaces de compartir el silencio, algo de lo que no mucha gente podía presumir.

Después de la hora del té, el niño se fue a ocuparse de sus propios asuntos y el sargento regresó a Brighton House.

Tres años antes, la residencia era un edificio blanco inmaculado con acabados amarillos en las esquinas y los canalones. Entonces se precipitó sobre Brighton House la primera de las Nubes de Vertidos y exterminó la flora, a excepción de las tomateras. En las montañas, la lluvia roja quemó la vegetación y resbaló hacia el mar. Aun marchitos y llenos de cicatrices, los lentos árboles caducifolios sobrevivieron y el monte bajo creció de nuevo con el doble de espesor. Sin embargo, en los campos de croquet, en los cuidados jardines, canteros y macetas de las ventanas, el caldo pringoso se asentó en enormes charcos e hizo estragos. El polvo de la estación seca se incrustó en la pintura y dejó el edificio mohoso y lleno de vetas como un

queso gigante. Los jardineros habían empaquetado sus tijeras de podar, sus escaleras de mano y sus delantales de Keen & Ryle de Chichester y se habían ido al mismo tiempo que los diplomáticos, así que la veteada mansión de gorgonzola se convirtió en un fósil que sobresalía en el centro del espacio yermo que una vez fuera una rosaleda. El terreno quedó abandonado a su suerte. Fue entonces cuando las robustas matas de tomates *tumbler* y *black prince* y *purple russian*, *Nebraska wedding*, *soldaki*, *cheroqui*, *brandywine* y *radiator Charlie*, una auténtica Asamblea de las Naciones Unidas de solanáceos comestibles, aprovecharon el momento evolutivo y se adueñaron del lugar. Cuando el sargento recibió las llaves de la residencia y la orden de sentirse enteramente en su casa, pues nadie retornaría a Brighton House, la parte del edificio que daba al mar estaba invadida de enormes tomates medio podridos que competían entre sí por la luz y el agua. Se mecían al viento y chirriaban cuando su tersa y reluciente piel rozaba con los hirsutos tallos y las hojas rancias y mustias. Cuando llovía sonaban como un ejército en marcha y cuando lucía el sol crecían gimiendo y temblando, expandiéndose, reventando y volviendo a comenzar.

Como era su costumbre, el sargento aparcó el Land Rover en la parte trasera y entró en la casa por la puerta de servicio. El vestíbulo de la planta baja estaba en penumbra y decidió caminar en la oscuridad en lugar de encender las luces. Un momento después, su mano recorría la pared hasta la puerta del pequeño dormitorio que se había asignado. Estaba justo detrás de la cocina del servicio, así que no tenía que preocuparse por la calefacción central. Simplemente mantenía encendida la vieja estufa de leña Rayburn y la usaba también para calentar agua y cocinar. Le daba una agradable sensación de hogar que despertaba vívidos recuerdos de las tardes pasadas allí y de miles de tardes en la cocina de su madre hacía ya mucho tiempo, cuando también él era lector de cómics, aunque los de su época se imprimían en tres colores sobre papel de mala calidad y los enemigos de los superhéroes eran ladrones de bancos en vez de alienígenas.

Dónde y con quién vivía el niño eran asuntos íntimos a los que el sargento no tenía acceso, y además el niño se hacía educadamente el sordo cuando le preguntaba. Habían llegado al acuerdo tácito de que esa clase de cosas no eran obligatoriamente de su incumbencia y el sargento no insistía. De todas formas, en el fondo de su mente necesitaba saberlo. Era algo que había adquirido en Afganistán: cuando te movilizan, siempre estás en combate.



La batalla continúa incluso cuando nadie te ataca. Hay cosas que suceden más allá del horizonte y bajo tus pies; el paisaje es tu enemigo y la población local puede cambiar de opinión sobre cualquier cosa en un segundo. En las montañas la gente no cree en el 11-s, no por falta de fe en la maldad humana, sino porque no cree en la existencia de los rascacielos. La mitad de la población cree que los soldados que luchan allí hoy en día siguen siendo soldados soviéticos, y de entre esos hay unos cuantos que están convencidos de que los rusos no son más que títeres del imperio británico, y eso sin contar a los que albergan aún la esperanza de que un día llegue la reina con toda su pompa y circunstancia y les conceda lo que fuera que la emperatriz Victoria les prometiera a los abuelos de sus abuelos; creen que podrían caminar durante un par de semanas hasta Buckingham Palace y Su Majestad les invitaría a cenar y les asaría un cordero encantada. No por ignorancia ni por estupidez, sino porque viven en un planeta en el que uno es tan extranjero como ellos en el de uno. Después de una temporada en lugares así, te vuelves de un modo en el que ya no te gusta que haya lagunas en tus conocimientos y haces lo que puedes por llenarlas, aunque ello resulte de pésima educación.

Suspiró y se miró en el espejo. En realidad, su rostro aún era joven, si bien estaba algo castigado. Pero al mismo tiempo, también era la cara de un hombre viejísimo. Había cambiado de generación sin notarlo y de pronto tenía cara de padre, no de hijo. De un padre sin hijos, por descontado, pero igualmente exhausto, y la fatiga nunca desaparecía del todo por mucho que durmiera. Se preguntó si los cuarenta consistían precisamente en eso, en dejar de sentirse uno mismo y comenzar a funcionar más y más y más despacio.

Se metió en la cama y cerró los ojos con la esperanza de una noche tranquila y sabiendo que soñaría, porque siempre se sueña algo.

A no ser, mascullaba contra la almohada una hora más tarde, que no se pegara ojo. Entonces no se soñaba, sino que uno se sentía cada vez más pesado y al final se levantaba de la cama. Estaba demasiado cansado para leer y demasiado aburrido para estar despierto. Quizá fuera el exceso de té o quizá fuera Mancreu. Decían que a veces soplaban un viento que producía insomnio. Tenía nombre, pero no lo recordaba. En Mancreu soplaban docenas de vientos, supuestamente cada uno con su propio efecto. Uno

cortaba la leche y otro alejaba la pesca, uno hacía llorar en el bosque y otro provocaba infidelidades. Los espíritus viajaban en ellos. Se preguntó qué pensaban los antiguos espectros de la situación actual. Probablemente no la veían con buenos ojos.

Se levantó de la cama y se puso un batín de lana que había comprado online con unas pantuflas Haflinger a juego. Las pantuflas eran más cómodas. Estaban hechas de una lana basta muy abrigada. Haflinger debería fabricar también batines. El que llevaba puesto era demasiado grueso y demasiado pegajoso, como unas patatas fritas con demasiado ketchup.

Sacó una linterna del cajón de la mesilla de noche y deambuló por los pasillos oscuros buscando algo que no sabía lo que era. Un sitio para sentarse. Estuvo a punto de irse a leer mensajes nuevos en la sala de comunicaciones, pero se contuvo. Si se sentaba frente a la pantalla a ver al teletipo del *establishment* británico vomitar las celebraciones y horrores que acaecían a lo largo y ancho del globo perdería el sueño definitivamente. En lugar de eso, se fue a contemplar la noche a la terraza acristalada. Hacía frío, pero no le molestaba. Se sentó y se puso a mirar el mar y la curva de las olas más allá del jardín.

Mancreu entró en la era moderna más o menos en la época en que nació Raoul el escribiente. Una compañía franco-holandesa construyó una planta petroquímica al sur de la isla, una zona dura y árida, expuesta a las inclemencias del tiempo. A la gente le pareció bien: un páramo gris a cambio de dinero para construir un cine, dragar el puerto cada diez años y elevar el nivel de vida de aquel edén aislado y sin esperanza. Los técnicos de la compañía descubrieron que en el subsuelo de la isla había cavernas llenas de agua dulce filtrada por el fondo marino rocoso, y aquello les pareció aún mejor: la extrajeron para calmar la sed de los trabajadores mientras Beauville prosperaba y se convertía en una auténtica escala en las rutas comerciales marítimas del mar Arábigo. Cuando llegó el momento de tirar la basura, la solución era evidente: rellenaron las cavernas de las que habían extraído el agua con los desechos tóxicos de la actividad química, hasta que un día a principios de 2004 el suelo tembló, la tectónica de la isla se alteró y el magma empezó a manar de debajo de las cavernas.

Visto en retrospectiva, habría hecho falta un cartel pintado por las

huesudas manos de Raoul el Blanco porque el diablo andaba haciendo de las suyas. En el horno de azufre incandescente que ardía debajo de Mancreu hervían y se generaban extraños componentes, tenebrosas sustancias desconocidas e inimaginables que se filtraron por las grietas hacia la superficie y llegaron a una enorme sima donde presionaron más y más la fina membrana de la superficie terrestre hasta que un día un agricultor perforó la corteza mientras araba y salió disparado a miles de metros de altura para aterrizar convertido en un ángel de fuego en medio del barrio de chabolas de Beauville, a más de tres kilómetros de distancia. Tras él llegó una niebla caliente que irritaba la piel.

Aquella Primera Nube de Vertidos acabó con los pinos y arbustos de media isla y arrugó las piedras blancas de Beauville como si fueran figuras de cera expuestas a las llamas.

Siete meses después llegó la segunda. Inocua para los seres humanos pero mortífera para los roedores. Los valles altos de Beauville se llenaron del hedor de las marmotas putrefactas. Las gaviotas y las arañas se cebaban con los cadáveres.

Con la tercera los peces cambiaron de sexo y una ola de lujuria y libertinaje recorrió Mancreu. La población la recordó durante meses como una juega de primera, pero los niños nacidos de aquellos apasionados encuentros eran mudos. Un especialista alemán que se desplazó hasta la isla para estudiar el fenómeno afirmó que les faltaba el área de Broca, la parte del cerebro encargada del lenguaje. Se decía que una mujer a la que la primera exhalación de la Nube había sorprendido en la montaña había perdido por completo las funciones de dicha área, pero el especialista no fue capaz de encontrarla, de modo que no pudo confirmar la veracidad del rumor. De ser cierto, dijo, se trataría de un caso desafortunado y preocupante. La compañía que sufragaba su estancia, muy interesada en la Nube como tratamiento para la disfunción sexual, registró numerosas patentes.

Los geólogos concluyeron que, debajo de Mancreu, el horno seguía en plena ebullición y no mostraba signos de haberse vaciado. La naturaleza de la neblina era variable, dijeron. No había manera de predecir los efectos de la siguiente oleada. Lo que había que hacer era sellar el horno, aunque no aportaron ninguna sugerencia sobre cómo llevar a cabo tal empresa. Un osado miembro del grupo de científicos llegó a afirmar que la cantidad de

productos químicos liberados por la nube excedía lo que se había enterrado en la cueva. Sondeó la profundidad con una varilla improvisada de varios cientos de metros de longitud y dijo que la sustancia era probablemente orgánica, quizá incluso biológica.

Tenía razón. Un equipo de xenobiólogos japoneses familiarizados con la especulación sobre la naturaleza de la vida en otros planetas y con el estudio de extrañas fisuras del fondo marino, confirmó que el proceso había generado una colonia de microbios en los estratos profundos del subsuelo que transformaban los minerales simples en carburante para la reacción química que estaba teniendo lugar, mientras otra variedad de microbios convertía los desechos químicos y el agua en alimento. Era un ejemplo perfecto de la alucinante capacidad de adaptación de la vida. Estaban impresionadísimos, casi jubilosos. Habían encontrado un digno rival. Se escribieron doctos estudios, pero no se llegó a ninguna conclusión, es decir, no se halló la solución.

De hecho, el equipo japonés, un alegre grupo de empollones que vivían en su propia colonia de antiguas cabañas Quonset y modernas cúpulas geodésicas, seguía aún en la isla. El sargento conocía a la directora del proyecto, Kaiko Inoue, que venía a Beauville en jeep cada dos jueves para comprar alimentos y botellas de tamaño mini de whisky de importación. A los científicos japoneses les encantaba el whisky, para ellos era un fetiche mucho más importante que para cualquier escocés, sabían definir su procedencia y citar de memoria los componentes químicos de la turba ideal y las condiciones perfectas de embarrilado. Además, habían inventado una ceremonia especial de gran seriedad y formalidad para consumirlo. En una ocasión invitaron al sargento, que estuvo tres horas sentado sobre los talones observando, divertido al principio, impaciente después y sobrecogido al final, la precisión y elegancia de los movimientos de los oficiales mientras el aroma del Talisker se elevaba y lo sumía en trance. El primer sorbo le supo a gloria y le hizo olvidar por completo sus doloridos músculos. Aquel vaso de whisky sin hielo ni agua fue el mejor de su vida. Inoue llevaba tiempo fabricando su propio whisky en la isla. Lo llamaba *Island End Uisge Beathe* y se lo bebería solo cuando Mancreu hubiera sido reducida a cenizas. Se sentaría con su padre, también xenobiólogo, en su casa de Osaka, romperían juntos el sello del primer barril, lo probarían y solo entonces sabría si había perdido el tiempo.

—Tienes que venir, Lester ¡Tienes que venir! Lloraremos por la isla, pero también bailaremos el Funky Chicken —decía Inoue haciéndole una demostración del baile para regocijo suyo y absoluta perplejidad de sus empleados. El sargento no siempre se sentía cómodo con los científicos, pero Inoue era diferente. Era una mujer alegre y elegante que le reconciliaba consigo mismo y que de vez en cuando se pintaba las uñas de color chicle.

Veintidós semanas después de su informe inicial, la isla eructó otra Nube que una borrasca extemporánea se llevó hacia el este. En las Maldivas hubo dos mil personas afectadas por una plaga de ceguera temporal que además les tiñó la piel de color verde clorofila. El dictamen de los gobiernos fue unánime. Había que sanear la sima. Evidentemente, comunicaron a los ávidos periodistas durante la rueda de prensa, el asunto no estaba exento de peligros. Si los microbios simbióticos se extendían por los océanos, podía suceder que la Tierra dejara de ser un lugar apto para la vida humana. Por otra parte, también podía suceder que de las tripas de Mancreu surgiera algo que se alimentara de plástico, silicio o petróleo, lo cual supondría el fin de la civilización industrial. El hecho de que el volcán llevara unos cuantos meses en calma bien podía indicar que la siguiente Nube estaba próxima.

Se formuló una clasificación de crisis para la ocasión. Mancreu se convirtió en la primera Zona de Intervención y Sacrificio de la ONU-OMS de la historia, es decir que el grado de polución había alcanzado niveles tan catastróficos que la isla debía ser sacrificada por el fuego. En reconocimiento a la población y a su rico patrimonio cultural, la ejecución se pospuso a la espera de una evaluación final. Mientras tanto, Mancreu se convirtió en una especie de Casablanca, un lugar que, en virtud de la sentencia de muerte, se regía por un sistema legal incierto, un lugar expropiado de soberanía por dictamen internacional, que se había entregado alegremente a su destino y que sin embargo aún seguía en pie sin que nadie lo reclamara oficialmente.

Entonces arribó la Flota Negra y el proceso de esterilización quedó en suspenso.

La isla estaba tan en suspenso como el propio sargento, que llegó poco después y debía haber vuelto a casa ya hacía tiempo. No tenía prisa. En la noche de Brighton House, oía el crecimiento de los tomates al otro lado de las cristaleras. Entre las plantas merodeaba un animal, posiblemente un gato salvaje. Observó la luna recorriendo el firmamento y se dio cuenta de que el

frío le calaba los huesos. Tenía los pies y las piernas heladas, y la nariz también. Sintió un breve y ligero temblor bajo los pies, como si la isla fuera un perro soñando con conejos. Las ventanas vibraron unos segundos y volvió la calma. Tres en la escala de Richter como mucho.

De pronto, deseó estar de vuelta entre las sábanas y cuando se acostó, el colchón era de alguna manera la solución perfecta.

## 2. SUEÑOS

A la mañana siguiente había direcciones y horas escritas con tiza blanca en los postes de teléfono. El sargento arrugó el gesto mientras miraba por la ventanilla. Se preguntaba a quién corresponderían. Sin duda, a familias de Beauville. Granjeros que se rendían. Gente a la que saludaba. Personas a las que había ayudado o con las que se había emborrachado. Niños a los que había levantado del suelo con arañazos en las rodillas. Seguramente también unos cuantos adultos a los que en alguna ocasión había arrestado y a los que se alegraría de ver marchar, aunque sobre todo la inevitable desbandada se llevaba a los honrados y dejaba a los indiferentes y a los irresponsables, a los muy buenos y a los muy malos. Se preguntaba si tendría que ejercer de policía más y más según pasara el tiempo, si su vida en Mancreu sería cada vez más ajetreada y desagradable a medida que se aproximaba el desenlace. ¿Y cuándo sucedería? Ya llevaba allí más tiempo de lo que cualquiera hubiera considerado posible. Si Mancreu era un evento de destrucción potencial, según la denominación del Consejo de Seguridad de la ONU, la humanidad no estaba haciendo gran cosa por evitarlo.

En el fondo, sí había cosas que él podía hacer. Podía ser el modesto pero necesario rostro de la ley entre la playa y las montañas. Incluso tenía cierta formación en materia de investigación gracias a un curso de orden público y detección de seis días impartido por el Cuerpo de Policía Metropolitana al que había asistido antes de que lo destinaran a Basora. Fue intenso y deprimente porque profesores y estudiantes sabían que el asunto de Iraq estaba muerto desde el principio y que cosas como aquel curso no eran más que promesas banales de una sociedad civil que las potencias invasoras ni querían ni sabían imponer. Sin embargo, para Mancreu era más que suficiente. La mayoría de los casos a los que se había enfrentado eran tan sencillos que, si no se resolvían simplemente haciendo acto de presencia, bastaba con un poco de astucia y trabajo de campo para obtener resultados. Había descubierto que se le daba bien hacer preguntas. Seguía al pie de la letra el consejo final de su instructor, el inspector Burroughs:

—Analiza los hechos lo mejor que puedas, pero después todo es cuestión de meterse en la piel de los demás —le dijo Burroughs en un breve momento de tranquilidad. —Si te quedas quieto en medio del río el tiempo



suficiente, acabas con los bolsillos llenos de peces y la gente te toma por un genio.

Desde su llegada a la isla había resuelto unos cuantos robos y agresiones sencillas, un caso de asesinato en defensa propia, aunque eso no estaba nada claro al principio, y un montón de disputas menores que correspondían más a las competencias de un juez que a las de un policía. El único caso irresoluble había sido un allanamiento en el Centro de Xenobiología en el que los ladrones solo se habían llevado el cuaderno de notas de la doctora Inoue y una selección de adornos de ordenador baratos traídos de Japón. En principio supuso que el móvil sería periodístico, pero dado que no se había producido escándalo científico, llegó a la conclusión de que el autor habría sido un vagabundo en busca de comida. Según la doctora Inoue, el cuaderno solo contenía un borrador sin importancia que guardaba en el escritorio. El sargento imaginó las hojas llenas de gráficos metidas en el forro de un abrigo andrajoso para proteger a su dueño del viento del sur. En cuanto a los adornos... No se lo explicaba. Seguramente se trataba de un delito sin premeditación, lo cual en jerga policial quería decir que nadie tenía ni puñetera idea. Burroughs habría movido levemente la cabeza y habría dicho «Lester, si alguna vez te ves echándole la culpa a un vagabundo porque el delito no tiene lógica y, como es bien sabido, los vagabundos están locos, tus conclusiones no valen un pimiento».

El cuello le daba punzadas. Se había despertado con un tirón en los hombros y aún le rondaban por la cabeza los desagradables sueños de la noche anterior. Alguien le había dicho una vez que lo mejor para olvidar los sueños era moverse. Para recordarlos, en cambio, es necesario hacer un esfuerzo de memoria consciente por rescatar cada imagen del sueño justo después de despertar, antes incluso de sentarse en la cama.

Evidentemente, él estaba programado de manera distinta, o quizá se había demorado entre las sábanas un momento de más antes de apoyar los pies en la alfombrilla que había junto a la cama, porque lo recordaba con claridad, casi se diría que con insistencia.

Había soñado que abrazaba a su mujer. Era dolorosamente dulce. Ella era alta y fuerte y olía a Londres bajo la lluvia de verano, a té con leche y bollitos con mermelada en Cornualles y a la pintura al óleo del estudio de su tío. El pelo le cubría la cara y por algún motivo él nunca pronunciaba su